

**VADEMÉCUM
DE LAS COMISIONES EUROPEAS
PARA EL DIÁLOGO
INTERRELIGIOSO MONÁSTICO**



1999

HISTORIA

Respondiendo a la invitación de la Encíclica *Fidei donum* de Pío XII (1957), los monasterios benedictinos y cistercienses fundaron monasterios en las Jóvenes Iglesias. Para sostener estos esfuerzos, el Secretariado de la AIM, que entonces se llamaba Ayuda para la Implantación Monástica, fue creado en 1960. Viendo los problemas que se presentaban en estos monasterios, la AIM organizó encuentros de superiores en África (Bouaké 1964) y después en Asia, (Bangkok 1968). Fue allí donde los monjes cristianos se encontraron con budistas y tomaron conciencia de la necesidad de dialogar con monjes de otras religiones. El mensaje que envió Pablo VI les animó en este sentido. En octubre de 1973, por primera vez en la historia, monjes cristianos y no cristianos se reunieron en Bangalore, India, para intercambiar sus puntos de vista sobre un tema central para todos: La experiencia de Dios. El éxito de este encuentro condujo al cardenal Pignedoli, entonces encargado del Secretariado para los No-cristianos, a invitar al abad primado D. Rembert Weakland para fomentar el diálogo ya que, según él, el monacato es como un puente entre las religiones.

Como consecuencia, la AIM organizó, en 1977, dos encuentros de monjes y expertos, uno en USA (Petersham) y otro en Europa (Loppem) que, en 1978, abordaron la creación de dos comisiones dentro de la AIM: el NABEWD (North American Board for East-West Dialogue), hoy el MID (Monastic Interreligious Dialogue) para América del Norte, en enero, y después en febrero, para Europa el DIM/MID: "Diálogo Interreligioso Monástico", DIM para los países de lenguas germánicas. Así, lo que había sido hasta entonces una labor de pioneros individuales, como J. Monchanin, H. Le Saux, Bede Griffiths y Thomas Merton, tomaba cuerpo para expandirse por el mundo monástico.

DIM/MID y NABEWD-MID multiplicaron los contactos entre los monasterios cristianos de Occidente y los de Asia, especialmente con los hindúes y los budistas, destacando lo tibetanos y monjes Zen del Japón, con los cuales los "Intercambios Espirituales" han sido organizados con regularidad desde 1979.

El encuentro de Asís en 1986 estimuló todavía más el diálogo y los organismos americanos y europeos DIM y NABEWD adquirieron la suficiente importancia como para no seguir como una simple comisión dentro de la AIM. En 1994 se convirtieron en un Secretariado igual al de la AIM

y, como él, común a los benedictinos y cistercienses. Al mismo tiempo, el movimiento del diálogo se propagaba en los diversos continentes, esto originó la creación de centros nacionales o regionales, coordinados en el plano internacional por un Secretario General.

Este desarrollo orgánico ha estado acompañado de una amplia perspectiva. Al principio se trataba únicamente de un diálogo entre monjes de diversas religiones. Aunque en el Judaísmo y en el Islam no existe monacato, el diálogo de monjes cristianos con ellos, como lo han demostrado en el Islam nuestros hermanos de Atlas. Por otro lado, las religiones de Asia se difunden en Occidente. Los occidentales, impresionados por estas religiones, vienen a los monasterios, cuestionan a los monjes cristianos y los invitan a participar en coloquios. En varios continentes, el DIM/MID colabora también con otros organismos para el diálogo interreligioso.

Por este intercambio de perspectivas se ha llegado a la noción de diálogo interreligioso "en tanto en cuanto seamos monjes", es decir, ante todo buscadores de Dios, con todos los que desean y aceptan este punto de vista, cualquiera que sea su estado y su religión. El diálogo así concebido busca convertirse en un diálogo de experiencia religiosa, realizado particularmente en los "Intercambios espirituales", aunque incluye también otras formas de diálogo que son como una preparación.

ELEMENTOS PARA UNA TEOLOGÍA DEL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

El diálogo interreligioso monástico se inscribe en el movimiento eclesial del diálogo interreligioso y se adhiere a la teología del diálogo interreligioso, resumido y expresado en los puntos siguientes:

- a) La familia humana comulga en una unidad profunda por su origen y su finalidad última: Dios ha creado al hombre y a la mujer a su imagen, les ha dado una misión para un proyecto común (cf. Gn 1; Nostra Aetate 1). Esta unidad es más fundamental y más importante que todas las diferencias. Dios Padre ha buscado siempre la salvación de la creación pero, en particular, la de todos los hombres (Gn 9, 9-18). Esta voluntad de salvación única y universal tiene su centro en Jesucristo, su Hijo (cf. Tm 2, 5-6; Lumen Gentium 16; Dei Verbum 3-4; Nostra Aetate 2).
- b) En Jesucristo la misericordia de Dios se ha encarnado, en él Dios ha asumido de forma insuperable toda la realidad humana. Por la encarnación Dios ha realizado en Jesucristo el camino de la salvación y en él se ha reconciliado en plenitud con el hombre (cf. 2 Cor 5, 18-19). Jesucristo se ha convertido, por su obediencia a Dios y por el don de sí para todos, en Salvador del mundo y nadie queda fuera de su salvación (Nostra Aetate 2; Ad Gentes 3). Jesucristo ha unido, de alguna manera, consigo mismo, a todo hombre y el contacto con este misterio pascual es ofrecido a cada hombre, cristiano y no-cristiano, por el Espíritu Santo (cf. Mc 10, 45; Gaudium et Spes 22; Redemptor Hominis 13).
- c) El Espíritu santo, que habita en el corazón de cada hombre, está en el origen del deseo de toda persona que busca el sentido de su existencia, y le inspira los ideales nobles y buenas iniciativas (cf. Redemptoris Missio 28-29). En reconocimiento a la acción que el Espíritu Santo ejerce en el corazón de los hombres, la Iglesia respeta y anima todo lo que es verdadero y santo en las otras religiones (cf. Rm 8, 26; Lumen Gentium 16, Nostra Aetate 2).
- d) Entre las religiones existen diferencias que reflejan la riqueza espiritual que Dios ha dado a los hombres (cf. Ad Gentes 11), pero también, a veces, se encuentran diferencias que manifiestan los límites del hombre dividido en sí mismo (cf. Gn 11; Rm 7, 21-24; Lumen Gentium 16).

- e) Teniendo en cuenta esta situación humana en el plan divino de la salvación universal, la Iglesia encuentra su identidad y su deber en ser signo e instrumento de la unión entre Dios y los hombres y de los hombres entre sí (cf. Lumen Gentium 1; Ad Gentes 1). Por eso la Iglesia busca el diálogo con todos los hombres de buena voluntad en todos los pueblos, culturas y religiones (cf. Lumen Gentium 13, Gaudium et Spes 1-3; Ad Gentes 11, RB 4, 8) sin proselitismo.

LUGAR ESPECÍFICO DEL MONACATO EN EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

- a) El arquetipo monástico es común a toda la humanidad. Es decir, que cada ser humano lleva en sí una tendencia monástica. Se comprende pues fácilmente que la práctica monástica, aunque diversa en las diferentes tradiciones, sea puente para el encuentro entre las religiones. Estos buscadores de la unificación interior y de la apertura al absoluto que son los monjes, se reconocen fácilmente entre ellos y espontáneamente entran en diálogo de vida.
- b) Para el monje cristiano comprometido, el diálogo interreligioso se inscribe en el cumplimiento auténtico de su vocación monástica: estar unido a Dios (cf. 1 Jn 3, 2) y expresar de esta unión en la vida cotidiana a fin de estimular -en tanto que es monje- el progreso de la humanidad hacia la unidad profunda (cf. Jn 17, 21). Admirar al otro como otro, como expresión de la sabiduría pluriforme de Dios y honrarlo en su carácter único (Sab 11, 24) forma parte de la actitud contemplativa.
- c) Al comprometernos en la asimilación y profundización de nuestra propia tradición, el diálogo interreligioso abre una revisión de la misma. Relativizar es también poner-en-relación, es un cuestionamiento útil en la profundización de la fe y una fuente de enriquecimiento espiritual.

EL DIM/MID anima a los monasterios de tradición benedictina a abrir las puertas y los corazones a los monjes de otras tradiciones religiosas. En un mundo que se globaliza, invita a los monasterios a entrar en contacto con creyentes de otras religiones que han llegado a ser vecinos próximos.

Tres puntos particularmente importantes se desprenden en la práctica:

- a) El primero concierne a la hospitalidad. El diálogo interreligioso dilata la antigua práctica de la hospitalidad monástica. No se trata sólo de acoger huéspedes bajo el techo del monasterio, de compartir con ellos la oración y la mesa, de intercambiar la vida. Ahora se trata además, de acoger este otro camino espiritual, de reconocer que tiende, por la intuición fundamental del carisma y de las observancias monásticas, hacia objetivos semejantes y de aceptar que esta confrontación profundice la forma cristiana de situarse en el plan de la salvación.
- b) El segundo punto concierne a la contemplación. Los intercambios espirituales y la oración interreligiosa con contemplativos de otras religiones, hacen conocer formas de práctica contemplativa que pueden ser adoptados por monjes cristianos si consiguen integrarlos en su propia fe (Vipassana, Zen, Yoga...). En este sentido, permiten ampliar el horizonte de la contemplación tradicional, o quizá, despertar algunos aspectos olvidados de la tradición; por ejemplo, la atención a los detalles de la vida cotidiana, la apertura al cosmos, la presencia del cuerpo.
- c) El tercer y último punto concierne al compromiso (ético, social, político). Los intercambios espirituales refuerzan la solidaridad entre creyentes de diferentes tradiciones y los incitan a co-

laborar en las iniciativas de los movimientos de las religiones por la paz y el respeto a la creación.

MÉTODO DEL DIÁLOGO

La práctica del diálogo en nuestras comunidades puede ser abordada desde tres ángulos diferentes.

1. El perfil del participante en el diálogo

Idealmente el que participa en el diálogo debería:

- a) estar enraizado y centrado en su fe y tradición cristiana
- b) tener una madurez personal y monástica
- c) estar bien integrado en la vida de su propia comunidad
- d) tener el deseo de descubrir en profundidad las otras tradiciones y estar dispuesto a revisar su fe
- e) estar a la escucha de los extranjeros y de las personas de diferentes condiciones
- f) estar atento a la realidad ilimitada de la presencia del Espíritu Santo.

Este proceso constituye lo que se llama el diálogo interreligioso.

2. La práctica personal

La apertura decidida y alegre al diálogo interreligioso en la propia vida espiritual permite al monje o a la monja, crecer en su propia vocación al frecuentar otra tradición religiosa por:

- a) la acogida de otras tradiciones en su propia vida monástica
 - el uso de escrituras y escritos de otras tradiciones en la lectio
 - la práctica de caminos orientales de meditación
- b) los contactos personales y la amistad con monjes/monjas o comunidades de otras tradiciones
- c) la colaboración con el DIM/MID, lugar donde se verifica su experiencia y tiene la ocasión de compartir conocimientos e información concernientes a otras tradiciones por:
 1. La conversación y el compartir informal con otros miembros de la comunidad respecto a experiencias interreligiosas y descubrimientos personales.
 2. La lectura y la redacción de artículos y colaboraciones para el Boletín DIM/MID.
 3. La participación en encuentros interreligiosos monásticos y en conferencias o incluso en su organización.
 4. La participación en acontecimientos interreligiosos no monásticos.
 5. La pertenencia a un grupo local interreligioso o pluri-religioso o la creación de éste.

3. La práctica de la comunidad

Estimulada por la llamada del Espíritu y de la Iglesia, una comunidad puede crecer en el conocimiento interreligioso por:

- a) el compartir la vida monástica cotidiana con monjes/monjas de otra religión y la acogida de éstos en la comunidad por un tiempo
- b) la lectura en el refectorio del Boletín DIM/MID y otros documentos, la lectura en el Coro de escrituras de otras tradiciones
- c) oraciones frecuentes e intercesiones en el Oficio divino
- d) gestos de atención con ocasión de las grandes fiestas de otras tradiciones
- e) la preocupación de formar a algunos miembros en al pastoral interreligiosa.

